

profanos y grafiteros

Un proletariado sin cabeza, un Revueltas sin clase obrera y el vacío ideológico ya histórico

Jaime Augusto Shelley

Fotografías: © María García / Fundación María y Héctor García,
ciudad de México, 9 de marzo de 1975, Gelatina DOP



Agradecemos a la Fundación María y Héctor García las facilidades para la publicación de las imágenes de José Revueltas
www.fundacionarchivohectorgarcia.net

NOS HEMOS DETENIDO YA, en otros trabajos, en los escritos literarios de José Revueltas. Hablemos ahora de su contribución al análisis político de nuestro país.

En 1962, con la ayuda de amigos mediante una suscripción, Pepe (permítanme la familiaridad) mandó a la imprenta de Editorial Logos su libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, texto que entonces y ahora resulta indispensable para comprender el sentir y accionar de lo que fuera el Partido Comunista Mexicano y su actual sucesor, el PRD, al parecer en vías de extinción.

El tiraje del texto, como es obvio, debió ser no mayor de 500 ejemplares (no se dice nada al respecto en la página legal) y tuvo nula difusión. Sólo el círculo cercano de amigos y simpatizantes tuvo acceso a él y pudieron darle eco y promoción a las ideas expuestas allí, en voz viva y directa, a otros.

Cuando se oía hablar del texto a alguien, uno sabía que no lo había leído. Como sucede con muchos libros y autores.

Desde el prólogo, para fundamentar sus argumentos, Revueltas recurre a Marx —*La Sagrada Familia*— y lo cita:

Cuando los escritores socialistas asignan al proletariado este papel histórico universal, no es ni mucho menos (...) porque consideren a los proletariados como a los *dioses*. Antes al contrario, por llegar a su máxima perfección práctica, en el proletariado desarrollado, la abstracción de toda humanidad y hasta de la *apariencia* de ella; por condensarse en las condiciones de vida del proletariado todas las condiciones de vida de la sociedad actual, agudizadas del modo más inhumano; por haberse perdido a sí mismo el hombre en el proletario, pero adquiriéndose, a cambio de ello, no sólo la conciencia teórica de esta pérdida, sino también, bajo la acción inmediata de una penuria absolutamente imperiosa —la expresión práctica de la necesidad—, que ya en modo alguno es posible esquivar ni paliar, el acicate inevitable de la sublevación contra tanta inhumanidad: por todas estas razones puede y debe el proletariado liberarse a sí mismo. Pero no puede liberarse a sí mismo sin abolir sus propias condiciones de vida, sin abolir todas las inhumanas condiciones de vida de la sociedad actual, que se resumen y compendian en su situación (...) No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como meta. Se trata de lo que el proletariado *es* y de lo que está obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese *ser* suyo. Su meta y su acción histórica se hallan clara e irrevocablemente predeterminadas por su propia situación de vida y por toda la organización de la sociedad burguesa actual.¹

Sé que la cita es extensa, pero resulta indispensable para el planteamiento que hará el autor en las conclusiones de su ensayo, después de revisar el origen de la deformación ideológica del Partido. (Los “pececitos”, les decían por aquel entonces).

Y ello lo convirtió en el peor enemigo de los estalinistas de oficio que sin chistar seguían las órdenes del Politburó.

¹ Revueltas, José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Editorial Logos, México, 1962, pp. XII y XIII

Afirma el autor:

(...) el Partido Comunista Mexicano existe en una forma objetiva determinada, pero dicha forma no participa del “ser de la naturaleza” de la clase obrera mexicana. Tal cosa significa que el Partido Comunista Mexicano ha hecho de lo que considera su “objeto proletario” un objeto que no es el proletariado mismo en su naturaleza real, un objeto que no es el objeto de la conciencia proletaria; luego pues, que ese objeto no proletario del Partido Comunista de nuestro país no puede sino representar la conciencia deformada de la clase obrera.²

Más adelante, Revueltas recurre a una cita de Mao Tse Tung (sin citar su procedencia): “[existe] la posibilidad de que se produzca una práctica reiterada de un concepto erróneo durante cierto número de veces, sin que hasta ese momento se haya podido advertir que se trataba de tal concepto erróneo”.

¿En qué habrá podido radicar ese mantenimiento reiterado del error, a pesar de los datos que en su contra pudo arrojar la práctica? Esto solamente puede radicar en una de dos causas: una, que los datos proporcionados por la práctica todavía sean insuficientes para demostrar lo erróneo del concepto, y otra, que tales datos sean interpretados como ajenos al concepto o como resultantes de una aplicación inadecuada del mismo, sin que se quiera ver, así, lo erróneo del concepto.

En el primer caso se estará en la situación prevista por Mao Tse Tung y, tarde o temprano, se rectificará el concepto erróneo. En el segundo caso se estará ante una “práctica dogmática” que impedirá de un modo sistemático y en términos absolutos el conocimiento de lo erróneo del concepto, hasta que, finalmente, invirtiendo los elementos de la solución que se encuentran en el primer caso, termine por adecuar el concepto erróneo a una práctica correspondientemente errónea, fortaleciendo a los dos hasta convertirlos en inexpugnables al raciocinio.

Un partido comunista que ejercite su conciencia colectiva y que esté ligado a las masas siempre se encontrará en condiciones de corregir sus errores, pues su caso no será otro que el previsto por Mao Tse Tung. Más aún, se puede suponer que tal partido comunista no esté ligado a las masas, pero esto no impedirá que pueda corregir sus errores si es capaz de comprenderlos, si es capaz de hacerse consciente de los mismos.

Para que el segundo caso sea posible, se necesita que un partido comunista reúna un cierto número de condiciones negativas indispensables, con lo cual este ejemplo parece llevarnos al terreno mismo del absurdo. Estas condiciones negativas, en el caso absurdo que estamos tomando como ejemplo, serían, pues, las siguientes:

- 1) carecer de una conciencia colectiva.
- 2) Para no tener esa conciencia colectiva, suprimir su ejercicio, abolir la democracia interna.
- 3) Para no ejercer la conciencia colectiva, impedir el desarrollo ideológico.
- 4) Para impedir el desarrollo, erigir la teoría en un dogma.
- 5) Para poder erigir la teoría de un dogma, impedir el crecimiento del Partido.
- 6) Para impedir el crecimiento del Partido, no ligarse a las masas.
- 7) Para no ligarse a las masas, realizar una práctica errónea, y finalmente,
- 8) para poder realizar una práctica errónea, presentar dicha práctica en uno de sus dos aspectos: o como una aplicación inadecuada de un concepto justo, de una línea política justa, o como la práctica limitada de un concepto justo, pero que no ha podido realizarse en su totalidad en virtud de impedirlo las condiciones objetivas adversas, pero que en última instancia, *comprueba* la justeza del concepto.

En todas estas eventualidades, por supuesto, es necesario colocar el concepto erróneo por encima de toda crítica, como concepto intocable, es decir, como un

² *Ibid.*, p. 253

dogma sagrado. Pues bien, este ejemplo absurdo e increíble no corresponde a ningún otro sino al que ofrece precisamente el Partido Comunista Mexicano.

Todo el texto sirve a Revueltas para establecer la “inexistencia histórica del PCM”. Fulminante, señala que no representan a los obreros, sino a sí mismos. ¿Alguna semejanza con la actualidad? Este texto es imprescindible (al menos para los seres aún vivos) para mejor entender la profunda y prolongada descomposición de nuestra vida pública, social y política.

Y ahora desearía referirme a otras cuestiones, más íntimas y terrenales, de nuestro querido José.

Revueltas era, cuando se lo proponía, un encantador de serpientes. Y gustaba de la compañía de mujeres, las “compañeritas”, como solía llamarlas él. Tuvo en su vida relaciones largas y cortas, legales y clandestinas, felices y no tanto.

La última, que viví de cerca, es notable por su silenciosa existencia.

José, por razones que ignoro, fue a California a dictar un curso o serie de conferencias, en 1974 o 1975. Su condición física ya era deplorable. Tenía toda clase de males que los médicos trataban de paliar, no siempre con éxito. A su regreso fui a visitarlo y me presentó a una “compañerita” que había regresado con él. Era una persona de origen mexicano, casi invisible, que lo atendía con esmero, siempre silenciosa. Ahora me vengo a dar cuenta que olvidé por completo su nombre.

Un día, Revueltas me habló por teléfono y me pidió que lo acompañara a su casa el día tal (un sábado, me imagino) “porque se iba a casar.” Y sí, llegué al departamento en Insurgentes, casi frente al Manacar. Y la ceremonia la presidió un juez del Registro Civil, firmamos los testigos y abrimos algunas botellas de vino (única bebida, con severas restricciones, que el novio estaba autorizado a beber). La novia era aquella mexicana norteamericana que mantuvo su silenciosa reserva habitual.

Cuando Pepe murió, en 1976, esta misteriosa mujer tomó sus pertenencias personales y desapareció sin reclamar nada, ni siquiera el agradecimiento de

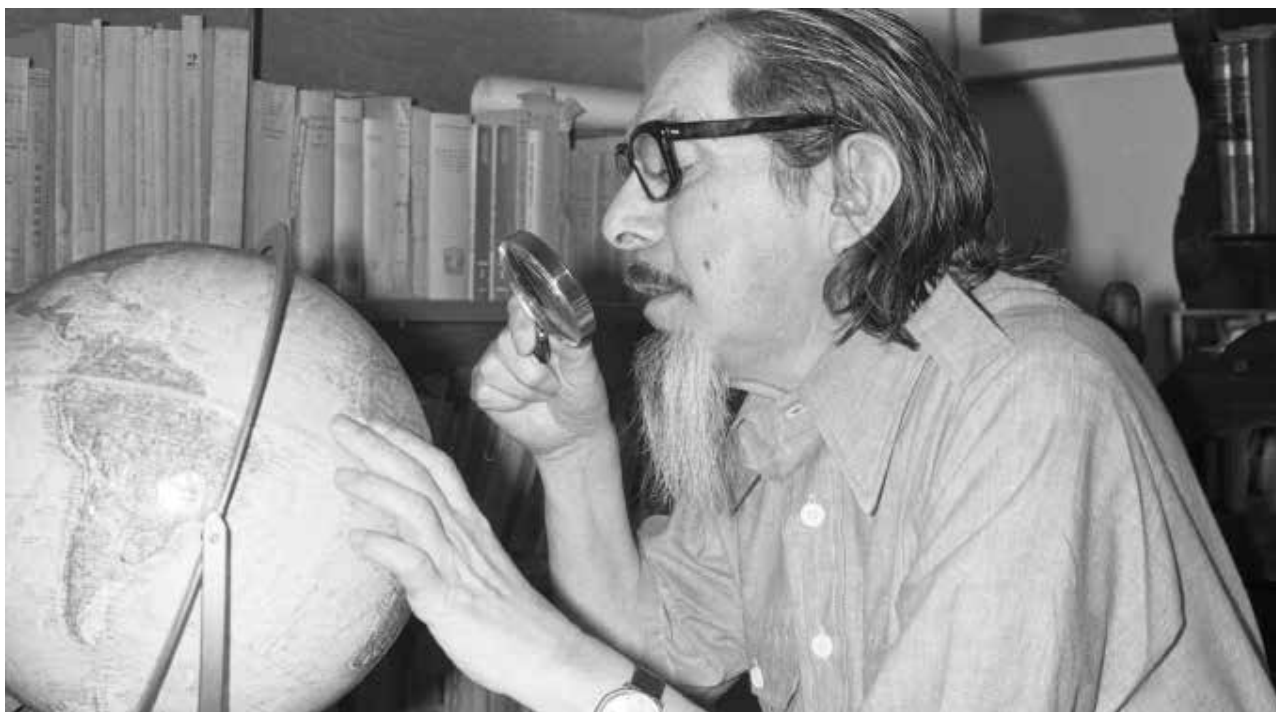
todos por haber cuidado de él en sus últimos tiempos. Un misterio luminoso en la vida de Revueltas.

Y, para terminar, quisiera reproducir el editorial que escribí en la Revista *Otro Cine*, en su honor. Lo transcribo, porque escrito en esos días, siento que posee la carga amorosa y dolida que entonces me embargaba.

Uno de esos pocos...

¡Qué tierno era! ¡Qué humor tenía!

Es extraño estar hablando así de una *persona*, en tiempo pretérito, cuando sabemos que sigue allí, con sus manos garrulosas y los ojos chispeantes tras las gafas que son más escudo que instrumento. Si hay alguien vivo en este país, ese es José Revueltas, persona amiga que acabó por fallecer. Se quebró, eso es todo. Se le echaron encima los males, se le atoraron las encrucijadas; se quedó tatuaje de unos cuantos, lectura para todos. Como era de esperarse, hay muchos malentendidos respecto a José que ahora sería inútil tratar de explicar. Así los componía él, torciéndolos y mandándolos todavía más al carajo. Creo que todos los que en algún tiempo de su vida le fueron próximos, en mayor o menor grado, podrán decir lo mismo: su naturaleza paradójica lo llevaba a oponer siempre, a todo, el fantasma del cambio; otra alternativa sacada de la manga con gran celeridad, no fuera a ser que las cosas quedaran ahí nomás. Entonces, aquello era un continuo estira y afloja, un permanente regateo de posibilidades en el que a mayor empeñamiento de los contendientes, por contradictorio que esto suene (y así debe de sonar), mayor claridad de las partes. O bien ceder, dejar que el Río Revueltas te arrastrara en aquel brincoteo que burlaba tiempos y espacios; remolinos había en los que José gustaba de sumergirse una y otra vez, solo, en busca de recuerdos gratificantes de los que uno (es decir el *otro*), salía con apenas un vislumbre jovializado por vaya usted a saber qué diablo de mentiras urdidas en el entretanto de su espectro contemplado. Y aquello se aderezaba bien con la lectura o relectura fresca, recién subrayada, de algún texto que era —siempre decía— de la mayor importancia y urgencia estudiar, consultar, revisar o criticar: Marx, Engels, Hegel, etcétera.



Incansable era aquella máquina de especular. Aun cuando, en los últimos tiempos, solía caer en pequeñas siestas intempestivas en mitad de la animación, esa pérdida de sí (a lo mejor hallazgo, quién sabe), esos descansos entre ronda y ronda, le servían para no salirse de madre, continuar —cuando todos habíamos ya perdido el derrotero— en la dirección elegida por él con antelación, cuidadosamente. Y así era. No había de otra. Martillaba y martillaba hasta hacer cisco el objeto de su terquedad que acabaría después por tomar forma en algún rincón del escrito que obsesionaba en ese momento al *creador*.

Y a pocos cae tan bien como a Revueltas el título más alto a que pueda aspirar un ser humano. De todo él fluía la creación, la negativa a dejar las cosas como están. Por la acción o por la reflexión, con una tesis política o con un texto literario; con una marca por las calles, con una huelga de hambre. Hacía uso, este José, de todos los recursos a la mano. No despreciaba medios, los transformaba en desbordantes tribunas de la contestación. Era muy joven, en realidad, cuando murió. Pocos entendían, de verdad, su proceso de renovación constante, querían que se quedara allí, donde estaba, que ya no siguiera dando esos saltos entusiastas entre los charcos del pensamiento. Pero él seguía. “Que agarren de tótem a su madre”, parecía decir. Era su única defensa. Y todos cuantos lo conocimos lo amábamos por esa capacidad suya de hacernos partícipes del descubrimiento; por esa su espantosa generosidad, imposible de ser retribuida.

Casi no comía. Había una resistencia física, una repulsión casi, enderezada contra las sopas, las chuletas y los té. Descorchada una botella de vino y enjaretado el cigarro en la boquilla, sobrevinía esa plácida convivencia, el regodeo de conversa, guiñar los ojos, el ejercicio de las fórmulas secretas que toda vieja amistad arrastra consigo. Frases que aparentemente no significan y que hacen el regocijo común, endilgado de sobrenombres, creación de prototipos y recurrencia de una u otra anécdota favoritas, con esa temblorosa, tartamuda, pero lapidante parsimonia con la que Revueltas discursaba, haciendo uso de un lenguaje salpicado de términos densos que en él se volvían ágiles agujas de la socarronería que bordaba los extremos —inevitablemente los extremos— de cualquier situación que, por su arte y su magia, dejaba de ser trivial.

Compañerito, compañerito. Qué doloroso era verlo dolerse. El cuerpo ya no le respondía. Qué angustia aquella, la suya, la nuestra, ver la lucha de su gran vitalidad trasegando con el organismo quebrantado; su espíritu se movía allí como en casa ajena, estrecha y pobre. Había que alimentarlo en otra forma, se le llenaba de júbilo el día cuando lo compartía con alguien querido. Así encontraba calor y estímulo, ganas de seguir peleando, aquel José Revueltas, ser humano capaz de hacer pensar, hacer reír y hacer sentir.

Ser humano, uno de esos pocos a los que fue posible destruir, nunca vencer. **▲▲**